
José Luis Carretero Miramar

Ante la ofensiva cultural de la ultraderecha, ¿qué hacer?

Macarena Olona, colocándose a la derecha de la dirección actual de Vox, crea la Fundación Igualdad Latinoamericana para impulsar una Iniciativa Legislativa Popular contra la "ideología de género". Giorgia Meloni, criada políticamente en la organización posfascista Movimiento Social Italiano, mientras acepta solícitamente las indicaciones económicas de la Comisión Europea, se niega a recibir en los puertos de Italia a los migrantes que llegan en los barcos de salvamento de las organizaciones no gubernamentales. El partido ultraderechista Demócratas Suecos se vuelve decisivo a la hora de determinar quien regirá los destinos del país que constituyó históricamente "el paraíso de la socialdemocracia". La Polonia xenófoba, obsesionada por asegurar el control de la ultraderecha sobre el poder judicial (¿les suena?) es ahora vista por las instituciones europeas como un fiel aliado contra Putin.

La Europa civilizada e ilustrada asiste atónita al ascenso de la ultraderecha populista en todo el mundo. Marine Le Pen se garantiza un nutrido grupo parlamentario propio en la Asamblea Nacional Francesa, por primera vez en décadas. Donald Trump reaparece como opción viable para regir los destinos de la primera potencia global, sin haber reconocido públicamente su derrota en las últimas elecciones. El Tribunal Supremo norteamericano deja en la picota la regulación de la interrupción voluntaria del embarazo. Uno de cada cuatro jóvenes españoles se declara abiertamente "racista" en las encuestas.

La ultraderecha global avanza decididamente, en base a un discurso plural y complejo, en ocasiones incluso contradictorio, que aúna la pulsión identitaria, el tradicionalismo, el antifeminismo expreso, el racismo y la xenofobia, y el ultraliberalismo "libertariano", compensado con algunas corrientes "sociales" minoritarias. La ultraderecha cree que podrá comandar el "momento populista", accediendo al poder y borrando definitivamente "el legado cultural del 68" y derrotando al "proyecto globalista", para reconstruir un mundo de firmes soberanías nacionales e identidades fuertes y tradicionales.

La ultraderecha lleva décadas preparando este avance. Ya en los años noventa, en su peculiar "travesía del desierto", los referentes de la "Nueva Derecha" francesa, como Alain de Benoist, pergeñaban una estrategia para recuperar el terreno perdido tras la Segunda Guerra Mundial. Superando su mundo intelectual propio, se apropiaban del discurso sobre la hegemonía de Gramsci, y sobre el asalto al poder de Lenin, para generar un armazón conceptual que les permitiese influir decisivamente en la cultura de masas de la sociedad capitalista.

Haciendo una desviada, pero atenta, lectura de Gramsci, De Benoist plantea la estrategia de la "Metapolítica". Un concepto que designa el trabajo militante que permite obtener la hegemonía cultural en la sociedad, como paso previo para un avance en la organización política partidaria.

Difundir discurso, afincarse en la cultura de masas, hegemonizar el "sentido común" de las mayorías, son las finalidades del movimiento, entendido de una manera muy laxa y plural. En palabras de Gramsci: *"Cada estrato social tiene su 'sentido común' y su 'buen sentido' que en el fondo es la concepción del hombre y de la vida más difundida. Cada corriente filosófica deja una sedimentación de 'sentido común': este es el documento que prueba su efectividad histórica"*.

La ultraderecha trata de hegemonizar el "sentido común" de época, tomando para sí la finalidad de la "filosofía de la praxis" de Gramsci: *"presentarse, ante todo, como crítica del 'sentido común' tras haberse basado en el sentido común para demostrar que 'todos' son filósofos"*. La ultraderecha se muestra como anti-elitista, participativa, abierta a discursos múltiples y aún contradictorios. Lo que puede verse como un efecto derivado de la irracionalidad de sus posiciones es, sin embargo, una estrategia consciente por la que, en palabras de De Benoist, el *"líder populista (...) nunca debe caer en el error de presentarse como fundamentalmente diferente al hombre ordinario al que se dirige: el primero de sus talentos consiste justamente en no cruzar jamás esa línea"*.

La defensa del tradicionalismo converge con una recuperación parcial y subordinada de lo comunitario. Defender la familia, la patria, la comunidad tradicional constituye la promesa de recuperar los espacios de socialización naturales frente al vértigo neoliberal. De Benoist insiste en esta oposición entre los intereses globalizadores y los de la comunidad que garantiza al pueblo seguridad y estabilidad. *"Ser de derecha es tener miedo por lo que existe"*, afirma, citando a Jules Romains. La mirada de organizaciones sociales, desde la plataforma española Hazte Oír al Tea Party norteamericano, que impulsan esta agenda tradicionalista, tratan de encontrar su espacio cultural sobre las cenizas de las comunidades devastadas por el neoliberalismo. La

"teología de la prosperidad", que promete el éxito individual sobre la base del colchón social representado por la comunidad de los fieles, impulsada por las Iglesias evangelistas que han apoyado a Bolsonaro en Brasil, sustenta su expansión sobre los miedos y la soledad de las masas depauperadas de las favelas. Sin embargo, el "comunitarismo" ultraderechista es, ya lo hemos dicho, parcial y se subordina a una política económica ultraliberal que lo desmiente: los mismos fondos de inversión que financian al Tea Party son los que destruyen la América industrial con sus operaciones especulativas y hacen inviable la vuelta a la familia tradicional en un contexto de precariedad combinada con mercantilización absoluta de la vida.

El antifeminismo ultraderechista no nace de una simple misoginia tradicionalista. Tiene un objetivo de mayor profundidad: revertir la obra social de las revoluciones del 68. Para De Benoist los derechos individuales constituyen la negación de la expansión de la vida comunitaria. *"La promoción de los derechos democráticos conduce a la incapacitación de una política democrática"*, afirma De Benoist. Albert Camus hablaba de la "política de la medianoche" para referirse a las perspectivas filosóficas que afirmaban la comunidad desde la abstracción y partían de la oposición entre intereses particulares y comunitarios. A ella oponía la "política del mediodía", que Camus identificaba con la "tradición mediterránea", en la que lo comunitario y lo individual entran en una compleja dialéctica que pretende aunar democracia y valores cívicos, con autonomía individual y derechos ciudadanos. La ultraderecha es una "política nocturna" que piensa, con De Benoist, que "el énfasis en la libertad individual, por sí solo, no puede crear las condiciones para la libertad colectiva, en la medida en que el primero plantea una amenaza intrínseca de disociación de la comunidad". Así, la libertad de las mujeres de decidir representa la creación de un espacio vetado para una comunidad que se cree

total, una amenaza directa a la seguridad para esa derecha que, como vimos, ve en "el miedo a lo que existe" el corazón de su ideología.

La pulsión identitaria pretende operar también como vacuna frente al miedo. Miedo al "Gran Reemplazo" de la población autóctona por los emigrantes, y de la cultura nacional por las modas globales. Para De Benoist, *"la antigua inmigración temporal ha tomado el carácter de una inmigración de repoblación"*. El esfuerzo "metapolítico" de la ultraderecha da sus frutos: el gobierno socialdemócrata danés ordena el traslado de los habitantes "de origen extracomunitario" (aún siendo de nacionalidad danesa) de los barrios que superan un determinado porcentaje de población "no occidental", al tiempo que acuerda con Albania y Ruanda el traslado a dichos países de los solicitantes de asilo en el país nórdico, mientras dura el procedimiento administrativo para su concesión.

Por último, la ultraderecha bascula entre una posición ultraliberal mayoritaria, y determinadas corrientes "sociales" en minoría. No estamos en la era de un falangismo que afirme la nacionalización de los sectores estratégicos o los experimentos de una autogestión controlada por las estructuras corporativas de la industria. La ultraderecha actual desmiente toda su insistencia en lo "comunitario" con una decidida hegemonía interna de los sectores "libertarianos" o "anarcocapitalistas" en lo económico. El programa electoral de Vox busca la proscripción del derecho de huelga y las privatizaciones salvajes. Ultraliberales, negacionistas de las vacunas, neonazis y activistas anti-feministas pululan por la galaxia virtual ultraderechista.

El aparato cultural de la ultraderecha muestra unas características específicas. Está conformado por una enorme diversidad de agentes que abarca desde Iglesias Pentecostales o hermandades católicas a foros de adeptos a las criptomonedas o neohippies neorrurales tradicionalistas. Esta es una de sus grandes ventajas: la ultraderecha, para-

dójicamente, muestra una infinita tolerancia a la diversidad interna. Las teorías que se comparten en sus foros llegan a ser contradictorias y confusas, pero constituyen una amalgama reconocible que construye un nuevo "sentido común social" en torno a la recuperación de las tradiciones, la comprensión conspiranoica de la política o la crítica a la "ideología de género".

Además, estos múltiples actores culturales se afincan en burbujas específicas que dominan firmemente. La aparición de las redes sociales ha reventado la estructura cultural de la sociedad capitalista, dominada por las grandes industrias televisivas o periodísticas, que homogeneizaban lo pensable y lo decible en un ágora pública controlada. Pero lo que ha sustituido a ese remedo de debate democrático no es un amplio espacio común abierto a la confrontación racional de alternativas, sino una miríada de burbujas, alimentadas por los algoritmos de unas pocas multinacionales tecnológicas, en las que cada uno encontramos solo y únicamente lo que nos va a dar la razón, exagerado por el efecto comercial que implican las mayores horas de conexión asociadas a las polémicas desabridas y el sensacionalismo. La ultraderecha domina estos nichos aislados, porque no tiene necesidad de recurrir a la racionalidad para exponer sus doctrinas, y porque ha convertido en un arte la transmisión de su estado emocional natural (la indignación transida de miedo), que se compagina de maravillas con los intereses monetarios y los algoritmos de las grandes tecnológicas.

De la misa a internet, pasando por cadenas televisivas específicas y conversaciones "de bar", un ciudadano o ciudadana de nuestra sociedad puede pasar toda su vida diaria transitando entre burbujas controladas por la ultraderecha. Así, se puede construir un nuevo "sentido común" en el que "todos" pueden sentirse filósofos optando entre distintas versiones de la maraña identitaria o de la galaxia conspiranoica.

Y, además, la ultraderecha ha colonizado en gran medida el pensamiento de la

izquierda, en lo que representa su éxito más destacable. Gentes que hace dos décadas se manifestaban bajo el lema "ningún ser humano es ilegal", se afanan ahora en explicar por qué la política de fronteras de la Unión Europea (hecha de "devoluciones en caliente" y muertes en el mar) es "la única posible". Pensadores comunistas recuperan el nacionalismo y la tradición como fundamentos constitutivos de la clase obrera. Referentes del feminismo afirman la diferencia biológica entre mujeres y hombres como centro de reflexión de la lucha contra el patriarcado, y los valores de la maternidad y la familia tradicional. Militantes de la "nueva política" aplican la dialéctica del amigo y el enemigo, en el interior de sus propias organizaciones, citando con profusión a Carl Schmidt.

Para parar la ofensiva reaccionaria, se impone la necesidad de refundar y actualizar toda la estructura cultural edificada por la izquierda en las décadas del neoliberalismo. Como bien afirma Armand Mattelart *"las nuevas formas de comunicación solo pueden ser creadas por nuevas formas de organización colectiva"*. La intelectualidad de izquierdas, centrada en la imagen canónica del sabio que aparece en la BBC o France Info diciendo cosas profundas y complejas, y en su correlato político, el experto dirigente de una organización fuertemente piramidal con un mensaje único y homologado desde arriba poco puede hacer frente a la abundancia y la profusa 'pluralidad' de sentidos emanada desde los aparatos culturales de la ultraderecha. Recuperar la tolerancia a la diversidad ideológica y cultural en la izquierda ya no es una condición utópica que debilita al Partido (inexistente e inaudible entre las masas, por otra parte), sino la condición básica para la supervivencia de eso que llamamos izquierda en un contexto de burbujas sociales fragmentadas y "tribus" socio-culturales con identidades mixtas y ambiguas.

Además, la insistencia de la izquierda de las pasadas décadas en la "desaparición de las clases sociales" ha debilitado toda rela-

ción orgánica de su intelectualidad con la clase trabajadora y con los sectores precarizados de la clase media. En palabras de Gramsci (al que la izquierda actual tiende a leer muy fragmentariamente) *"plantear la cuestión de la hegemonía supone inevitablemente plantear el problema de una organización intelectual orgánicamente vinculada a una clase social, que le permita a esa clase social volverse consciente de su función y lugar en la sociedad"*.

El rechazo de la caricatura estaliniana del concepto gramsciano de "relación orgánica con la clase" (reducido al simple acatamiento sin fisuras de la línea política del Partido por la vulgata soviética), ha llevado a la intelectualidad de izquierdas, en una época de derrotas, a afirmar su autonomía de toda identidad de clase. Así, una intelectualidad colocada fuera del mundo, de las luchas sociales efectivas, no puede desarrollar discursos que sobrepasen las propuestas de gestión "responsable" de lo existente, el humanitarismo abstracto o los análisis genéricos sobre el futuro sin propuestas concretas para la praxis. Sin embargo, toda posible recuperación de un pensamiento de izquierda con eco en los comportamientos de la sociedad pasa por reconstruir esa "relación orgánica" de los trabajadores de la cultura con las luchas y las organizaciones de los trabajadores y precarios que los rodean. El momento histórico y político se define siempre por los grupos con los que se ha de establecer una alianza. Una alianza que permita establecer un nuevo aparato cultural que desarrolla nuevas formas de comunicación social.

Como indicó Lenin, refiriéndose a la herramienta de lucha cultural esencial en su tiempo "el periódico no solo es un propagandista y agitador colectivo, sino un organizador colectivo". Hemos construido, sin embargo, una izquierda de movimientos sin medios propios, y unos medios que afirman su distancia de lo que se mueve, en nombre de la "profesionalidad" y la "independencia". La ultraderecha se organiza en torno a las burbujas culturales que controla, las

expande, las interrelaciona y las mantiene en tensión. La izquierda juega a afirmar la diferencia entre pensadores y prácticos, aísla a las menguantes burbujas que controla en nombre de la "fidelidad a la línea del Partido" y considera la tensión política y el dinamismo un asunto peligroso. Paradójicamente, la izquierda parece más obsesionada con su identidad que los identitarios y

huye de todas las relaciones orgánicas con las luchas reales que, llenas de grises y contradicciones, la tensionan y revuelven.

La "Metapolítica" de la izquierda de nuestros días está por hacer. Para desplegarla, recordemos que, como dice Armad Mattelart "*todas las fuerzas innovadoras y activas pueden ser objeto de un doble uso, subversivo o contrasubversivo*".

13N Madrid. "A pico y pala"

"Además de la indignación creada ante la situación de las emergencias extrahospitalarias, tras la movilización del 13N hay dos años de esfuerzos *a pico y pala* muy de base en barrios y pueblos, en la calle, sobre la base de problemas concretos y reivindicaciones sindico-sociales comunes, más allá de lo que cada cual vote. De esa manera, la unión ha crecido por contagio, quien se acercaba por primera vez era quien traía más gente al siguiente encuentro, quienes repartían información, pegaban carteles, etc."

"El primer acuerdo con la Consejería lo firmaron cuatro sindicatos, antes del 13N; desde la asamblea de vecinas y vecinos de barrios y pueblos -y también algún sindicato como el MATS- llamamos a que lo rompiesen, pues no resolvía nada, como se comprobó el 27 de octubre al ponerse en marcha el plan con los resultados esperables y conocidos. En ese sentido, se logró que el acuerdo se rompiera, ante lo evidente del fracaso del plan. El siguiente acuerdo entre la Consejería y un sindicato médico quizá podía suponer alguna mejora inmediata profesional muy a corto plazo, pero no resolvía el problema de las urgencias extrahospitalarias para la población en la capital ni contemplaba la situación de las demás categorías profesionales, como enfermería o celadores, sin quienes el sistema no puede funcionar, y en esta situación todas y todos tenemos que ir de la mano para conseguir algo, si nos aferramos a lo particular la Consejería terminará imponiendo su proyecto. El objetivo no puede ser otro que sacar a la atención primaria y a las urgencias extrahospitalarias de la situación en que se encuentran, para recuperar un sistema de atención primaria al menos equivalente al que teníamos hace 10 o 15 años. En particular y de inmediato, la recuperación del servicio de atención rural (los SAR) al menos tal y como estaban funcionando antes de la nueva ocurrencia del gobierno regional y la apertura con la dotación adecuada de los 37 SUAP (servicios de urgencias de atención primaria) que funcionaban en Madrid hasta que decidieron cerrarlos con la excusa de la pandemia."

"Hay que resaltar el buen entendimiento que hay en la asamblea de representantes de barrios y pueblos, en la que, pese a nuestra diversidad, se trabaja muy a gusto, con buena voluntad, sin que nadie quiera imponer su ego o sus posicionamientos políticos. Vamos a por un objetivo común y eso es lo que importa."

José Luis Yuguero

miembro de la Red de Solidaridad de Latina-Carabanchel